



crítica, han dado bastantes testimonios de los funestos precipicios á que se expone una sabiduría presuntuosa, cuando pretende sujetar á sus leyes aquellos portentos que no tienen otras que las que establece una extraordinaria Providencia. Porque no contenta esta clase de sábios con seguir á la naturaleza por medio de sus experimentos hasta sus mas ocultos retretes, con separar los preciosos monumentos de la historia de los engaños de la fábula; no satisfechos con haber inventado sistemas que dando, por decirlo así, nuevo curso á los astros, nuevo movimiento á los cielos, nueva situación á la tierra, casi han hecho mudar de semblante á todo el universo: pretendieron llevar su censura hasta los arcanos inescrutables del santuario. Crítica desgraciada, al par que atrevida, que pervirtiendo el espíritu en lugar de rectificarle, tropieza á cada paso en el escollo de una incredulidad irreligiosa, por huir el de una supersticiosa piedad. No se os oculta ácia donde se dirige mi justo sentimiento al comenzar esta mañana por una queja el elogio del incomparable beneficio que hizo á nuestra España la Madre de Dios apareciéndose en Zaragoza al apóstol Santiago. Ni ignorais como la osada pluma

de algunos, movida ó de un zelo mal entendido, ó de una pasión nacional, han querido sobre las demas débiles conjeturas poner en duda este beneficio. Duda irracional, por no decir impía, á que no dan lugar la respetable inmemorial tradición de las iglesias de España, el testimonio de escritores antiquísimos, y las memorias consagradas por la historia de los tiempos. Pero no imaginéis que yo venga hoy á formar una apología de este milagro: no, la verdad muchas veces se obscurece y deslustra á fuerza de querer sostenerla; y tal vez el defenderla de una leve calumnia, sirve de fomento á la duda. Antes por el contrario, siguiendo el egeemplo de Jესucristo y de la piadosa muger del Evangelio, que á las calumnias con que los Escribas y Fariseos pretendian obscurecer su doctrina, no opusieron mas que unas sencillas alabanzas; yo, á vista de la inefable dignación con que Maria establece en Zaragoza su trono, no haré mas que esclamar bendita y feliz madre, á cuya protección debe España su firme fé. Bienaventurados españoles no menos dóciles en recibir, que constantes en mantener la fé recibida: *beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud*. Porque, para que se

confundan los engañosos juicios de la humana prudencia, y para formar la mas alta idea del beneficio inestimable de esta aparicion, bastará contemplar sus raras circunstancias y la singular providencia con que Dios en todos los siglos ha confirmado esta maravilla. Yo he creido que venir María Santísima á Zaragoza á darle su imágen y á establecer allí su templo, fué para dar á todo el mundo un argumento el mas eficaz de la verdad de nuestra Religion, y á España una segura prenda de la constancia de la fé entre sus habitantes: de suerte que la aparicion y permanencia de María en Zaragoza ha sido un glorioso triunfo de la religion de Jesucristo. Triunfo de la religion; por ser este milagro argumento visible de la verdad de nuestra fé. *Beati qui audiunt*; y triunfo por haber venido María á dar á España una prenda de la permanencia de la fé en ella. *Beati qui custodiunt*. La misma Señora dichosa Madre de los creyentes, y firme escudo de la religion me dé luz para un asunto digno de su amorosa beneficencia. Ayúdame á pedirla saludándola llena de gracia. AVE-MARIA.

Con justa razon se ha dado á España el glorioso título de Patrimonio de Ma-

ría: la madre de Dios, á quien por su excelsa dignidad se debia el principado sobre las gentes y las naciones, es la que, segun las expresiones del Eclesiástico, siendo Señora de toda la tierra, escogió en ella un lugar señalado para su singular herencia: *et in omni populo et in omni gente, primatum habui, et radicavi in populo honorificato*. España (sin injuria de las demas naciones) era aquella porcion de Jacob, aquella tierra bendita de Israel que Dios destinaba á su santa madre para lugar de sus cultos y asiento de su gloria; *in Jacob inhabita, et in Isrrael hereditare, et in electis meis mitte radices*. La devocion y amor á María, insignia y caracter de los españoles, su culto jamás interrumpido, los altares magníficos, los templos sin número que ha consagrado á su memoria, las maravillosas imágenes bajo las cuales ha querido ser venerada en España, han dado sólido fundamento á esta piadosa nomenclatura. Pero ¿en qué tiempo tomó primeramente posesion la Señora y radicó su herencia en España, sino cuando viviendo aun en carne mortal, pasó desde Jerusalem hasta Zaragoza para dejar en ella el tesoro de su santa imágen? No nos detengamos en tiernas consideraciones, ni nos degemos arrebatar de un

afecto nacional representándonos ese beneficio como un favor dirigido solo á los españoles. Todo el mundo es interesado en este portento, cuyos altos fines habian de servir á la comun felicidad de los fieles. Vino María á Zaragoza y tomó posesion de España; pero vino para hacer al mundo patente el triunfo de nuestra religion con el argumento mas visible de la verdad de nuestra fé.

Tres años solos, ó poco mas habian corrido desde la muerte de Jesucristo cuando Santiago, destinado para plantar la fé en España, despues de visitar sus principales provincias, llegó por último á Zaragoza. Acostumbraba el santo apóstol retirarse fuera de la ciudad á pasar las noches en una alta contemplacion. En una de ellas cuando el silencio de la hora, y la soledad del lugar ayudaban á este santo egercicio, se le dejó ver en persona la gran madre de Dios. Habia caminado desde Jerusalem la Reyna de los ángeles, sirviéndole ellos mismos de trono, y revestida de hermosa magestad y grandeza, trayendo consigo su imagen entre armoniosos cánticos de alegría llegó á las orillas del Ebro donde oraba el apóstol. Se admiró, enmudeció, pasmóse y casi dudaba su espíritu lo que veian sus ojos. Pe-

ro la madre amabilísima, descubriéndole desde luego el misterio de su venida, yo he venido, le dijo, apóstol amado, á nombre de mi hijo Jesucristo para que en este lugar fabriques un templo, donde colocada mi imagen, se venere mi nombre, y el de Dios se engrandezca y alabe. En cuyo testimonio levantarás sobre esta columna mi imagen, la que durará con la fé y religion hasta el fin del mundo. Si fué grande el extático júbilo de Santiago á vista de tan gran portento, cuáles son, señores, los vuestros al acordaros de esta amorosa dignacion de María: haga allá vuestra piedad las reflexiones que como de tropel se presentan sobre las circunstancias de este favor. Venir la Reyna del cielo en persona á visitar á España, dedicársele en ella un templo verisimilmente el primero de la cristiandad, ser la misma Señora la conductora de su imagen ¡no os parecen las mas raras demostraciones de su amor? Pero tanto como esto demandaba el alto fin de su venida que eran el honor y defensa de la religion.

Cuando leemos atentamente las peregrinaciones y los sucesos de la predicacion de Santiago en España nos sorprenden los escasos frutos que logró en aquel tiempo de sus trabajos. Nueve segun algu-

nos, quince segun otros fueron solos los discípulos que en aquella Península convirtió á la religion de Jesuchristo. Al paso que los demas apóstoles arrastraban tras sí á los pueblos y provincias enteras: al paso que en las otras regiones nada resistía á la imperiosa fuerza de su predicacion, Santiago parece que solo venía á España á ver frustrados sus afanes. Y lo que es mas cuando los otros apóstoles regaban con su sangre, y santificaban con su muerte los paises principales de su mision, Santiago luego que funda el templo de María se retira de España y pasa á Jerusalem donde muere. Notable diferencia que dá fundamento para discurrir que el fin de la venida de Santiago á España fué principalmente servir de instrumento que publicara la aparicion de María en Zaragoza, y que sus trabajos y empresas, si parecieron al principio poco fructuosos, serian despues los mas fecundos, y darian al mundo en la imágen santa del Pilar el testimonio mas glorioso para confundir la idolatría. Así quiso mostrarlo la Providencia de los siglos venideros por medio de un continuado milagro, bastante á reducir los mas rebeldes y obstinados espíritus. ¿Porque en qué tiempo se consagró casa á María, y se le-

vantó aquel templo en Zaragoza para los públicos cultos del Salvador? Puntualmente en aquel en que estando aun la religion en sus cunas, conspiraban á sofocarla desde sus primeros alientos los enemigos mas poderosos. Todo el mundo era una sangrienta campaña contra Jesuchristo y sus cultos, empleando los emperadores para destruirlos el poder, las armas, la industria y los tormentos mas atroces. Anegada en sangre de cristianos la tierra, pobladas las ciudades de innumerables templos de inmundos ídolos, no tenia la religion asilo sino entre las tinieblas y en los mas ocultos rincones. En Roma, en la capital de la religion, les era necesario á los fieles huir á los montes, y á las cavernas á esconderse entre los cadáveres en los sepulcros y catacumbas. Pero ó sea que la fé de los españoles mas valiente é intrepida irritára mas el furor de sus enemigos, ó que debiese ser mas sangriento el combate donde se preparaba á la religion el mas glorioso triunfo; España era el teatro mas cruel de la persecucion, y la idolatría derramó sobre su suelo tanta sangre que hasta los balbucientes niños fueron esforzados heroes del martirio. Y ¿cuántos vió en un solo dia Zaragoza, aquella patria de los Mártires,

cuando enfurecido Daciano quitó casi de un solo golpe innumerables vidas, y cruel mas allá de la muerte hizo quemar sus cuerpos, y esparcir por el ayre unas cenizas sacrosantas? ¡Pero ó poderosa irresistible fuerza del brazo de Dios! ni las armas, ni el poder, ni la industria se atreven al templo de María donde ha puesto su asilo la religion. Los emperadores del orbe, empeñados en consumir hasta las reliquias del cristianismo, parecian mas solícitos en destruir los términos de la iglesia, que en propagar los del imperio: los cultos de Jesucristo eran condenados como abominable delito, nada se escondia al falso celo de unos jueces que por espacio de tres siglos y medio no permitieron á los cristianos que levantaran templos, y en medio de tanta persecucion, no allá entre las remotas naciones de la India ó la Scitia, sino casi en el centro de España, no cubierto de las tinieblas, ó al abrigo de ocultas grutas, sino en una capital numerosa á vista de sus mismos enemigos se venera la imagen de la Madre del Salvador en un templo público en donde concurre innumerable pueblo á adorar el nombre de Jesus.

Bastaria esto para confesar la milagro-

sa Providencia que conservó la imagen de María del Pilar. Pero Dios quiso dar argumentos mas poderosos de aquella singular proteccion que habia de servir de triunfo á la fé cristiana, como si de las cenizas de la idolatría nacieran nuevos monstruos contra la iglesia cuando ésta gozaba de la paz mas tranquila, vió salir de su seno bastardos hijos para despedazarla. Al tiempo mismo que el inferno vomitó contra la religion la furia pestilente de el arrianismo, de los últimos rincones del norte salieron para dominar á la Europa las bárbaras gentes de vándalos, suevos, y alanos: estableciéronse en España los godos é inficionados del error de Arrio, la hicieron infeliz esclava de esta heregía. Yo no quiero lastimar vuestros católicos corazones con refrescar las tristes memorias de los escándalos, los cismas y las divisiones que causó el arrianismo hasta hacer que casi titubeara á sus golpes el firme edificio de la iglesia. Pero no puedo dejar de acordaros lo que ó por un efecto de inhumanidad y odio contra la fé, ó por una oculta disposición de aquella Providencia que sabe servirse de nuestra malicia para su gloria ejecutaron los arrianos en Zaragoza. Entraron en ella cerca de los fines del siglo V

armados de furor contra los católicos, y sin respetar edad ni sexo, resueltos á destruir la ciudad hasta los fundamentos, no perdonaron aun á los edificios. Caian estos á una parte desplomados, y lo que la fuerza no podia, lo acababa el voraz incendio: ardian á otra parte los templos, y á todas partes entre los ayes y los gemidos, entre el ruido de las armas y los suspiros de los moribundos se oian confusamente mezcladas las blasfemias contra el hijo de Dios y su Santa Madre. La imágen del Pilar y su templo eran el blanco á que principalmente se dirigian: y apurando sus últimos esfuerzos la impiedad; qué no hizo para sepultar entre sus ruinas la casa donde se veneraba la celestial copia de la Madre de Jesucristo? Pero en vano: tomó á su cargo María el defender su imágen y el templo. Dejóse ver de sus perseguidores, y á su vista, llenos de espanto, se pusieron en precipitada fuga, confesando, á pesar de su furia, que nada podian contra la religion cuando cuidaba María de sus triunfos.

Bien conozco que corriendo ligeramente este dilatado campo de maravillas, no hago sino tocar de paso portentos de los que cada uno demandaba los mas

serios discursos. Pero ¿qué puedo hacer si á vista de tantas y tan grandes victorias de la fé ni tengo tiempo para ponderarlas segun su mérito, ni debo omitir su memoria? Y á la verdad parece que Dios en los doce primeros siglos de la iglesia queria poner á España á prueba de las mas rigorosas persecuciones, para radicar en ella su fé, y que cuando permitia á la impiedad que la atacara mas vivamente, solo era para que por medio de María en Zaragoza triunfara á vista de todos la religion. A un enemigo sucedia otro; acabado un peligro seguia un nuevo riesgo; pero cada combate era un triunfo. Sucedió á la idolatría la arriana perfidia; y no quedando de estas sino apenas el nombre, vino á ocupar su lugar el mahometismo. Tiempos funestos en que España se llamó esclava del moro africano, no sé si fuisteis mas infelices por vuestros males ó mas dichosos por haberse manifestado entonces el singular poder de María. El delito torpe de un Rey y la traidora venganza de un padre ofendido, ó lo que es mas cierto, la cólera de Dios irritada por los pecados de los españoles introdujo en España los moros. A excepcion de uno ú otro pequeño lugar, todo estaba sujeto á

su dominacion. Pero Zaragoza, capital de uno de los mas célebres reynos, vino á ser por su situacion una de las córtes mas distinguidas de su poder y de sus armas. ¿Y cuál entre tanto, buen Dios, era el triste estado de nuestra religion? Los cristianos unos esclavos, y otros huyendo por los montes: abolidos los cultos de Dios y ritos de su iglesia: los templos unos convertidos en sucias mezquitas, otros en inmundos establos: las imágenes destruidas y holladas: en una palabra, eclipsado el sol del catolicismo por las menguantes lunas africanas. Y en este abatimiento del nombre cristiano ¿la imagen de María del Pilar se oculta como otros simulacros, ó yace sepultada en alguna caverna como las santas imágenes del Sagrario, del Almudena y de Covadonga para que no la profane la impiedad? Nada menos, á vista de los moros que la respetan, se adora públicamente en Zaragoza y privilegiada entre las demas imágenes de María permanece triunfante por mas de doscientos años en una de las capitales del mahometismo. Sí, podremos con razon decir: *Non accedet ad te malum; et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo.* No llegarán hasta el tabernaculo de María en

Zaragoza los golpes de la idolatría; destruirá el arriano la ciudad, colocarán en ella los moros sus armas; pero respetando á su pesar el templo y la imagen por medio suyo triunfará la fé de Cristo y su religion.

Ahora bien: discurrid conmigo brevemente sobre lo que hasta aquí hemos dicho. ¿No es este un argumento el mas claro de nuestra fé, y un irrefragable testimonio de que los cultos de nuestra religion son los verdaderos? No hay duda que los milagros han sido en todos tiempos la voz de que se ha servido el Señor para enseñar al hombre la verdadera religion: obedecer los elementos á la voz de una criatura, recobrar la salud los enfermos, los muertos la vida han sido, entre otros, los eficaces argumentos que convencen á los mas incredulos la verdad de nuestros infalibles misterios. Pero estas maravillas ó se han escaseado al paso que el evangelio se ha propagado, ó sin hacerse nos patentes á los sentidos las conserva una incontrastable tradicion. A España, señores, destinaba Dios para depósito de un testimonio de todos tiempos y presente á los ojos de todos: desde los primeros pasos de la iglesia hasta nuestros dias ha triunfado la imagen del Pilar del

error y de la impiédad tanto, que á faltar otras portentosas maravillas, aunque Dios no hubiera obrado otro milagro bastaria este solo para confundir la incredulidad mas obstinada. Porque si no pudo ser efecto ni del acaso, ni de la industria, ni del arte que rodeada la imágen de María en Zaragoza de enemigos, no menos poderosos que crueles, empeñados en acabar con el culto de Jesucristo y de su santa madre se mantuviera por muchos siglos tanto mas victoriosa, quanto mas perseguida: luego es un Dios omnipotente el que á costa de maravillas la ha defendido: luego sola la religion cristiana que prescribe estos cultos es verdadera, y las demas sectas falsas y fantásticas. La inconstancia y revolucion de los tiempos, que todo lo trastorna, despues de diez y siete siglos respeta la imágen del Pilar: los idolatras poderosos por todo el mundo persiguen el nombre cristiano, y á sus mismos ojos se tributan adoraciones á María: el implacable odio de los arrianos destruye á Zaragoza sin poder tocar á esta imágen: los moros establecen allí su dominio, y solo María no se rinde á su esclavitud. De suerte que á pesar del tiempo y su voracidad, sobre las ruinas del gentilismo, de la heregia y del alcoran

triunfó la religion de Cristo en la imágen celestial del Pilar.

*Segundo punto.*

Pero si la venida de la madre de Dios á España fué un beneficio de todo el mundo católico para testimonio de nuestra fé, reservaba á los españoles un privilegio singular dándoles en su imágen una segura prenda de la permanencia de esta misma fé. A mí me bastaria para prueba de este inestimable beneficio el acordaros la promesa que la madre santísima hizo á Santiago, asegurándole que á la sombra de su imágen se conservaria en España la religion hasta el fin de los siglos. Pero (ved quanto fió de la verdad de este privilegio) yo os permito por ahora que suspendais el asenso á un rasgo de historia tan comprobado, y quiero exponerle á la censura de la critica mas severa. Juzgad pues por los sucesos de la verdad de la promesa, y decidme, ¿si pudo ser efecto sino de esta singular proteccion aquella permanencia de la fé entre los españoles que jamás ha sufrido que heregia alguna la obscurezca por mucho tiempo? Es verdad que se ha visto acometida, y aun sujeta al error; pero es-